

# La obra de Juan Ramón Jiménez en Polonia. Traducciones - Opiniones - Afinidades

## PROLOGO A MI COMUNICACION, ESCRITO EN LA RABIDA

Antes de hablarles de "Juan Ramón Jiménez en Polonia", quisiera leer una especie de prólogo —muy breve, muy íntimo, muy subjetivo— escrito bajo la inmediata influencia de nuestra común visita en el pueblo natal, en la cuna del poeta.

Delante de esta melancólica visión de un Moguer contaminado ya un poco por la industria, mutilado por sus edificios modernos, herido por la omnipresencia de coches, casi sin borriquitos en esas calles hechas, construidas para ellos, recordé el conocido cuento de Azorín sobre "una ciudad y un balcón", y su profundo lema o estribillo —los versos inmortales de Garcilaso: "No me podrán quitar el dolorido-sentir".

Fue, en el fondo, una lección optimista. Un día no habrá ya borriquitos en el mundo, un día desaparecerán quizás los pinos y los perros, las mariposas, los gorriones. Pero hasta la extinción definitiva de nuestro género humano permanecerá siempre, detrás de la monstruosa apariencia de un mundo invadido por la materia informe, aquel "dolorido sentir" que es la única poesía, el único valor —valor espiritual—, el único sentido, la única grandeza y esperanza, la única eternidad de nuestra existencia. ¡Qué no lo quiten nunca al espíritu humano, como no habían podido quitarle el espíritu del gran hijo de un tiempo y un lugar —un ambiente— que viven ya solamente en su obra, a través de su obra, en un dulce y nostálgico recuerdo, en un sentimiento "dolorido", en un sueño de esta hermosa tarde de verano!

(Y aquí empieza la parte esencial de mi comunicación).

El factor geográfico, la preponderancia de ciertas influencias culturales al principio de este siglo y sobre todo la ignorancia casi total de la lengua castellana en Polonia fueron, hasta la segunda guerra mundial, la causa de una difusión extremadamente limitada de obras literarias españolas en nuestro país. Fuera de “Don Quijote” y las “Novelas ejemplares”, de tres o cuatro comedias de Calderón, de novelas, tan populares entonces en todo el mundo, de Vicente Blasco Ibáñez, de dos dramas burgueses de Jacinto Benavente —¡por causa de su Premio Nobel!—, no se puede citar casi nada. Aquellos que se interesaron más profundamente por los problemas teológicos o filosóficos tenían a veces algunas nociones de los escritos de los grandes místicos españoles, de Unamuno, de Ortega y Gasset. Nuestros poetas de vanguardia no ignoraban los nombres de Vicente Huidobro y de Federico García Lorca. Eso fue todo.

Las tendencias neorrománticas tuvieron bastantes raíces comunes en España y en Polonia, pero debemos buscarlas en la obra de los maestros universalmente conocidos de la poesía francesa, decadente o simbolista. Es verdad que algunos matices —fisiolatría, cierta atmósfera sentimental, fuerza del elemento popular— parecen acercar de un modo sorprendente el lirismo de Juan Ramón Jiménez, de Antonio Machado, de Francisco Villaespesa al de Kazimierz Tetmajer o de Jan Kasprówicz en Polonia (1). A veces, habiendo traducido al polaco un poema del “primer” Juan Ramón, sobre todo, cuando queremos reproducir también la forma, el metro del texto español, tenemos la impresión alucinante de leer versos originales de nuestro excelente Kasprówicz. Se trata, sin embargo, de afinidades debidas a tradiciones históricas y literarias parecidas —y no, por supuesto, de influencias concretas de la parte de los unos o de los otros, que ignoraban probablemente su misma existencia.

La situación cambió de un modo radical después del año 1945. Muchos polacos habían aprendido el castellano en España durante la guerra civil, bastantes refugiados españoles hallaron acogida en Polonia, lo que contribuyó sin duda a aquel progreso. Pero la causa principal fue de otra índole. Las nuevas Editoriales de Estado, liberadas del imperativo de ganar rápidamente mucho dinero a cualquier precio, han podido establecer un plan sistemático, muy loable y ambicioso, del acercamiento progresivo al lector polaco de ciertas literaturas extranjeras, a veces importantísimas, como la española, pero hasta entonces escasamente traducidas en nuestro país.

Una de las primeras realizaciones de tal programa fue la publicación de poemas y obras escénicas de Federico García Lorca, así como de varias novelas de Benito Pérez Galdós. Ya en el año 1956 apareció la primera antología polaca de poetas españoles e hispanoamericanos, con versos de casi 50 autores, desde el marqués de Santillana, Jorge Manrique y “El Romancero” hasta Miguel Hernández, incluyendo a Juan Ramón Jiménez, que nos interesa aquí particularmente. La introducción, las anotaciones, la selección y todas las traducciones poéticas fueron obra del autor de estas palabras, joven romanista en aquella época (2).

Desde entonces muchísimos libros de autores españoles, clásicos y modernos, fueron traducidos, algunas veces con notable acierto, al polaco —como por ejemplo— “El Cantar de Mío Cid”, “La Celestina”, “Lazarillo de Tormes”, los entremeses de Cervantes, otras comedias de los Siglos de Oro, el “Buscón” de Quevedo, etc., hasta los esperpentos de Valle Inclán, las greguerías de Ramón Gómez de la Serna y las novelas contemporáneas en boga. Las traducciones de novelas hispanoamericanas se multiplicaron rápidamente en estos últimos años.

En cuanto a Juan Ramón Jiménez, el acontecimiento que llamó de repente la atención del ambiente literario polaco y de nuestras Editoriales sobre sus poemas en verso y en prosa fue la entrega del Premio Nobel en el año 1956. Aunque España, más que por ejemplo Francia, Alemania o los Estados Unidos, tiene bastantes motivos para desconfiar de un galardón literario tan excesivamente apreciado, en este caso no podemos reprochar a la Academia sueca sino su lentitud acostumbrada. Las primeras repercusiones del “Nobel” de Juan Ramón Jiménez en Polonia fueron las de siempre: algunas informaciones más o menos exactas sobre el <sup>bo</sup>escritor y su obra en las revistas literarias, muy escasas en aquel tiempo difícil de postguerra; algunas traducciones, directamente del español o a través de otro idioma, de poesías y del “Platero”, de cuyo nombre se había creado un equivalente polaco demasiado novelesco y altisonante: “Srebron” (3). Se hizo así del pobre norriquito un primo involuntario de “Pochron”, gran malhechor y alma de caballo, personaje de un libro muy conocido de nuestro excelente novelista Stefan Zeromski —“Historia de un pecado”—. Además debemos una parte de esas traducciones a escritores polacos que vivían fuera de su patria sobre todo en Inglaterra, como por ejemplo el buen traductor de lírica española, autor de dos pequeñas antologías editadas en Londres, Jan Winczakiewicz.

No puedo nombrar aquí ningún estudio científico sobre la obra juanramoniana, por falta de hispanistas, sencillamente. No se enseñaba entonces la filología española en las universidades polacas y el autor de la presente comunicación, estudiando las filologías romances, tuvo que ser, con la ayuda de una inapreciable colección de libros españoles, su propio profesor de la literatura castellana.

Quisiera pues destacar, como primera tentativa importante de naturalizar el soleado lirismo andaluz de Jiménez bajo nuestro cielo boreal, la iniciativa de la Editorial católica “PAX”, que se propuso, hacia el año 1959 ó 1960, traducir y publicar en polaco “Platero y yo” —el libro de Juan Ramón más asequible al lector común y más conocido en el mundo entero—. “PAX” deseaba editar, por lo menos, una amplia selección de “Platero”.

Dándose cuenta de las dificultades que presenta la traducción al polaco de una prosa poética tan sutil, tan llena de matices sentimentales, de humor discreto, de gracia andaluza, colorido local y de contenido humano, el editor organizó, entre los aún pocos traductores de letras españolas, una especie de concurso. El autor de estas palabras, que puso manos a la obra con sumo entusiasmo, tuvo suerte de ganar los favores del “jurado”. Tal vez el tierno y

donoso diminutivo “Srebrzynek”, que llegó a ser ahora el único sinónimo polaco de Platero, contribuyera más o menos a aquel éxito.

Antes todavía de la publicación del libro, los amigos de la poesía pudieron leer algunos fragmentos de “Platero y yo”, acompañados de un breve ensayo introductor, en el periódico cultural del grupo “PAX” —“Kierunki” Direcciones—. La selección entera apareció en el año 1962 (4), adornada de sencillas y encantadoras —como los dibujos de los niños amigos del borriquito— ilustraciones del conocido artista Stanislaw Rzepa. El traductor había escogido 115 capítulos, es decir más que abarcaban las ediciones francesa —76— e inglesa —108—. Faltaban solamente 23, por diversos motivos: algunos me parecían de mérito artístico muy inferior, los otros contenían localismos andaluces intraducibles. Pero aquellas omisiones no turbaron de ningún modo el hilo de la acción, que sigue el discurso lento de las cuatro estaciones del año (5).

La primera edición polaca de “Platero y yo” —5.350 ejemplares— no quedó mucho tiempo en las librerías: se agotó en cinco o seis semanas.

En mi post-scriptum a esa traducción hay algunas reflexiones sobre mis excitantes luchas con el ilustre texto juanramoniano. He aquí un fragmento elocuente:

“La traducción de Platero fue, por muchas razones, una tarea difícil. En el libro de Jiménez, existe una notable diversidad de ritmos, tonos y estilos; una gran riqueza de léxico, acompañada de sencillez premeditada de expresión; una asombrosa abundancia y densidad de imágenes poéticas; una dejadez típicamente española o andaluza que permite repetir muchas veces en el mismo párrafo las mismas palabras o entrelazar frases brevísimas con largos e intrincados laberintos sintácticos, acumulando desordenadamente tesoros líricos. Procuraba seguir los meandros del texto original con la máxima fidelidad posible y tolerable, no perder nada de su contenido y de sus diversos valores estilísticos, del encanto de sus metáforas poéticas, de su ritmo y de su melodía. Tampoco perdí de vista algunos trozos de prosa más tosca y realista, hasta brutal, ni tantos elementos estilizados de literatura infantil, ni aquellos torbellinos caóticos de sueños o de recuerdos borrados que constituyen el componente más moderno de la técnica juanramoniana componente frecuentísimo en sus poemas en prosa posteriores a “Platero y yo”.

Por dicha, nuestro idioma polaco es una lengua sintética que no teme hiperbatones ni frases largas o complicadas, que dispone, además, de abundantes sinónimos —versos, adjetivos, substantivos— y de un léxico riquísimo precisamente en el dominio de la simple vida cotidiana en el seno de la Naturaleza. Polonia, como España, tiene una bella e ininterrumpida tradición de poesía y prosa romántica, naturista, sentimental. El traductor trataba de sacar provecho de todas estas posibilidades y afinidades.

Entre las opiniones de la crítica literaria y de los lectores sobre “Platero” y su versión polaca no hallé ninguna desfavorable. Se destaca, sin embargo, por su nitidez y elegancia, el ensayo crítico de la señora Alicja Grajewska, publicado en el número 10 de la revista “Kierunki”, el 10 de marzo de 1963. No

puedo citar aquí más que algunos párrafos de ese breve análisis, lleno de comprensión y de sensibilidad.

“La frescura de imaginación poética y la reflexión madura del pensador reúnen la complicada multitud de fenómenos en un paisaje lleno de luz, extenso y conmovedor, como los lienzos de Fra Angélico, “que pintaba el cielo de rodillas”.

Esto constituye tal vez el misterio de la originalidad del arte de Jiménez: aquella actitud de admiración creadora y del amor del mundo, aquella mirada abierta, vigilante y sensible, pero limpia y sin perjuicios, como la mirada de un niño, que junta una gran sencillez con una fuerte imaginación. Incluso las reflexiones, en que el autor de la elegía andaluza expresa su credo poético, tienen el mismo tono de conmovedora espontaneidad: “Qué encanto éste de las imaginaciones de la niñez. Platero, que yo no sé si tú tienes o has tenido! Todo va y viene en trueques deleitosos; se mira todo y no se ve, más que como estampa deleitosa de la fantasía... Y anda uno semiciego, mirando tanto adentro como afuera, volcando, a veces, en la sombra del alma la carga de imágenes de la vida, o abriendo al sol, como una flor cierta y poniéndola en una orilla verdadera, la poesía que luego nunca más se encuentra, del alma iluminada (6).

La señora Grajewska tuvo también la bondad de elogiar la traducción, que le pareció “de una belleza extraordinaria”. Dice que la versión polaca “es fluida, ágil”, que su armonía poética es “impecable”. Habla de la “sensibilidad lírica” del traductor, de su “audaz invención lingüística” que dio “efectos tan interesantes de armonización del antiguo idioma polaco con el moderno en momentos de improvisación sintáctica.

Hace dos años, en 1979, la misma Editorial publicó la segunda edición de “Platero y yo”. Esta vez el número de ejemplares alcanzó ya 10.330. El artista Marian Stachurski adornó el libro con nuevas ilustraciones, que recuerdan los dibujos de la época neorromántica en Polonia y en España.

Aprovechando la ocasión he introducido algunas pequeñas correcciones y añadido uno de los capítulos póstumos de “Platero”, el llamado “Las alondras”. La nueva edición contiene pues 116 capítulos. Y así 15.700 ejemplares de la inmortal elegía andaluza se hallaron entre las manos de lectores polacos.

Entretanto aparecían de vez en cuando en nuestros periódicos literarios traducciones polacas de diversas poesías en verso de Juan Ramón Jiménez. Sobre todo en la interesante revista “Literatura na Swiecie” —Literatura en el mundo—, que sigue el desarrollo de todas las literaturas extranjeras y está dirigida por el incansable redactor Waclaw Sadkowski. Hace tres años vino el momento de reunir y de multiplicar esas traducciones para incluirlas en una gran “Antología de la poesía española”. Esta obra tan ambiciosa abarcará 800 poemas de 230 poetas españoles de todas las épocas —o más bien sus traducciones poéticas al polaco—. Nuestra “Antología” aparecerá bajo la dirección del autor de esta comunicación, con la competente ayuda del joven hispanista Carlos Marrodán y la colaboración de más de 30 poetas-traductores; entre ellos 14 jóvenes pero preciosos talentos, escogidos y dirigidos por mí durante los

siete últimos años —estudiantes o licenciados de filología romance y española en la Universidad de Varsovia—. Por ahora, junio 1981, tenemos ya 670 poemas traducidos.

Juan Ramón Jiménez ocupará en la “Antología” el lugar que le corresponde. Su obra será representada por 35 poemas en verso y 10 en prosa, de los que 5 provienen del “Platero”, 5 de las otras colecciones. Nuestra selección abarca todas las épocas y todos los estilos de la obra juanramoniana, desde las “Arias tristes” y los “Jardines lejanos” hasta la “Estación total” y los “Ultimos poemas”. La mayoría de los poemas escogidos de Jiménez —que es, con fray Luis de León y Antonio Machado, mi poeta español preferido— aparecerá en mis traducciones, pero habrá también versiones del conocido escritor Jalu Kurek, de la poetisa Krystyna Rodowska, de la joven Beatriz Janke —cinco traducciones—, dotada de una sensibilidad lírica poco común, así como de mis otros alumnos —Marceli Minc, Malgorzata Zieba y Ewa Marszalkoska.

La “Antología de la Poesía española” pertenece a una serie de antologías publicadas por la mayor Editorial del Estado Panstwowy Instytut Wydawniczy —Instituto Nacional de Ediciones—. Después queremos preparar una mayor selección de poesías de Juan Ramón para la “Biblioteca de poetas” o “amari-lla” de la misma Editora.

Simultáneamente estoy preparando un ensayo sobre la obra de Juan Ramón Jiménez para la revista “Literatura na Swiecie”. El mismo periódico desea también publicar, en uno de sus próximos números, mis impresiones del presente Congreso Conmemorativo.

Quisiera terminar esta breve comunicación citando un fragmento de mi post-scripzum a la edición polaca de “Platero y yo”.

“En este libro, dijo Jiménez, “la alegría y la pena son gemelas, cual las orejas de Platero”; la alegría y la pena, el sueño y la vela, el ideal y la realidad son gemelos allí como en la vida.

“Platero y yo” no es exclusivamente, ni sobre todo, un fiel espejo lírico de un pequeño fragmento del mundo y de la vida, tan caro al poeta. No es tan sólo una crónica de paseos solitarios del autor y de su borriquito por las llanuras patrias de Andalucía la Baja, en torno al blanco Moguer —antaño nido de conquistadores—, hoy simple pueblo de alegrías y penas, de vicios y virtudes. “Platero” es un libro profundamente humano, humanitario, humanista; es la poesía del amor, de la comprensión, de la piedad. Más que en la ciudad, donde es fácil aislarse entre las cuatro paredes de su despacho, el poeta siente aquí sin cesar el empuje del mundo exterior, en sus más delicadas pero también en sus más crueles manifestaciones. “Platero” no es solamente un reflejo de aquella búsqueda cotidiana de manjares líricos para un “corazón hondo y sin par”, constituye también una crónica de retornos cotidianos a los igualmente conmovedores dramas de la gente humilde, de los niños, de los animales.

El requerido borriquillo Platero “amigo del viejo y del niño, del arroyo y de la mariposa, del sol y del perro, de la flor y de la luna, paciente y reflexivo,

melancólico y amable” es para él, símbolo, fuente y modelo de esta actitud llena de bondad, amor y compasión hacia el mundo entero.

**Janusz Strasburger**

## NOTAS

- (1) Kazimierz Tetmajer, 1865-1940, Jan Kasprowicz, 1860-1926.
- (2) Janusz Strasburger: "Z hiszpańskiego. Przekłady poezji". Del español. Traducciones de poesía. Warszawa, Varsovia, Editorial "Czytelnik", 1956.
- (3) La palabra "srebro" significa en polaco "la plata".
- (4) Juan Ramón Jiménez: "Srebrzynek i ja. Elegia andaluzyjska". Przełożył. Traducción de Janusz Strasburger. Warszawa, Instytut Wydawniczy PAX, 1962.
- (5) Los capítulos de "Platero y yo" omitidos en la primera edición polacada de PAX: II, VI, IX, XI, XV, XVIII, XXIV, XXVIII, XXXIII, XLVII, LIII, LVI, LVIII, LXXII, XCVII, CV, CIX, CXV, CXIX, CXXII, CXXV, CXXVII.
- (6) Fin del capítulo "El arroyo".